CAPÍTULO IX. *Cómo los mexicanos, estando cautivos y sujetos en el pueblo de Culhuacan, salieron a ayudar al rey de esta dicha provincia contra los xuchimilcas, a quien hacían guerra; y se cuentan extraños casos que sucedieron*

AUNQUE HEMOS DICHO que los mexicanos fueron llevados presos y cautivos al pueblo de Culhuacan, donde estuvieron mucho tiempo, dicen las historias que les dieron lugar y sitio donde hiciesen su habitación y morada, apartados de los culhuas. Lo uno (a mi parecer), por tenerlos recogidos y puestos a los ojos; y lo otro, porque como enemigos temían, si estuviesen mezclados con los de la ciudad, no hiciesen alguna traición o tratasen de algún levantamiento; y el lugar donde los pusieron se llamaba Tizaapan, en el cual puesto pasaban su mala ventura y servían a los culhuas en todo aquello que se les mandaba, y a poco tiempo de estar allí los dichos mexicanos, se desavinieron los culhuas con los de Xuchimilco, que como vecinos traían entre sí ordinarias cosquillas; los cuales se desafiaron, los unos a los otros; y desafiados determinaron el día de su batalla, la cual se dio partiendo el camino que hay de un pueblo al otro, en un lugar llamado Ocolco, haciendo cada cual todo cuanto podía para vencer al otro; pero fue de manera la fuerza con que se aventajaron los xochimilcas, que se conocía por su parte la victoria. Apesarado el capitán de los culhuas de su ruina, buscaba medios cómo no quedar afrentado y su campo vencido, y pareciéndole que aunque la gente era mucha estaba ya algo acobardado; entre varios pensamientos que se le ofrecieron para el remedio de este daño fue uno, acordarse de la nación mexicana que estaba en Tizaapan y puso en su corazón que si venía en su ayuda sería posible ganar la honra, que ya veía perdida; por la cual envió con gran presteza por ellos. Los mexicanos que entendieron que por esta vía podían ganar gracia con quien los tenía cautivos, se holgaron y vinieron sin dilación al socorro.

Verdad sea que aunque el intento del culhua fue traer más gente en su favor y ayuda con cuya fuerza venciese a sus enemigos, fue también con intento de que si en la batalla morían los culhuas, muriesen también los mexicanos; porque se recelaba que si quedaban vivos habían de señorearse de la tierra; y puestos en la ocasión pidieron que les diesen armas con que pelear, porque ellos no las traían ni las tenían. El capitán que no se halló con ellas (o no quiso dárselas) les mandó que saliesen al campo como pudiesen y que en defenderse sin ellas mostrarían su esfuerzo y valentía. A esta ocasión, dicen, se les apareció su dios Huitzilopuchtli y esforzándolos les dijo: no tengáis pena, mexicanos, haced unas rodelas de cañas majadas y salid con ellas a la batalla que yo os ayudaré. Ellos esforzándose con estas palabras lo hicieron así y tomando juntamente unas varas largas a manera de lanzas, algo gruesas, iban saltando acequias y zanjas de agua, afirmándose sobre ellas. Los culhuas iban unos en canoas bien guarnidas y otros por la tierra firme caminando; y fue tan buena y favorable la venida

de estos mexicanos, que aunque la batalla estaba casi conocida por los xochimilcas, a muy breves horas volvió la ventura y fuerte a reconocerse por el campo culhuano y viendo los xuchimilcas la nueva fuerza con que los contrarios les acometían, comenzaron a desmayar y a descaecer. Lo cual conocido por los culhuas se animaron y prevaleció su gente en tanto grado y extremo, que los xuchimilcas les volvieron las espaldas y comenzaron a huir. Los culhuas fueron siguiendo el alcance y no sólo los metieron en su pueblo, pero les hicieron dejar sus casas y huir al monte, donde pudieron salvarse dejando muchísimos muertos y otros muchos cautivos; y victoriosos se volvieron a sus casas, cada cual con los esclavos que cautivó en la guerra.

Los mexicanos, antes de entrar en la batalla, se hicieron de concierto que cada uno llevase una navaja y que al que prendiesen o cautivasen no le matasen, sino que le dejasen señalado la cual señal, determinaron entre ellos, que fuese cortarle la oreja derecha, y así fue que todos los que iban venciendo y dejando atrás, les iban cortando las orejas, como tenían concertado y echándolas en unos canastillos de palma que para esto llevaban. Era costumbre que todos los soldados, después de haber hecho el alcance y salido con victoria, daban cuenta de sus hazañas y proezas a los capitanes y caudillos y en su presencia contaban la presa y presentaban los cautivos que habían prendido. Llegaron los culhuas a esta presentación y cada cual, con el que habían cautivado de los contrarios y enemigos. Y habiendo pasado todos, y recibido las gracias de sus valerosos hechos, fueron llamados los mexicanos y como los viesen venir sin cautivos pensaron que de gente cobarde y pusilánime no se habían atrevido a prender ninguno y por baldonarlos y hacer escarnio de ellos, comenzaron con risa a preguntarles por la presa. Los mexicanos, que (como antes hemos dicho) se habían concertado de cortarles las orejas y guardarlas, sacó cada cual de su tanate o cestillo una sarta de orejas, según las muchas o pocas que había cortado y haciendo presentación de ellas dijeron: estos presos que están aquí presentes, casi todos son cautivos nuestros y sino mirad sus orejas que se las cortamos; y así como tuvimos poder para cortárselas, lo tuvimos también para maniatarlos, pero por no ocuparnos en esto y seguir más libremente, el alcance los dejamos para que vosotros los maniatéis y prendáis; y pues primero vinieron a nuestras manos que a las vuestras, más es gloria nuestra, esta presa, que vuestra. No supieron responder a esta razón los culhuas, mas espantados de la astucia mexicana comenzaron a temerlos más, y a guardarse de ellos, y dijeron: ésta es gente taimada y belicosa, posible será que nos den algún desabrimiento, siendo tan vecinos nuestros como son, mejor será que se vayan, aunque por entonces no les dieron esta licencia.